

corazones reinan, cierto tendrá á maravilla encontrar esos dones celestiales donde no reside ni la abundancia, ni la comodidad, ni el refinamiento de la cultura, ni los halagos del saber y de las artes, si juzgó que en eso se cifra la existencia y ese es su fin; mas si sabe que la simplicidad de corazón y la tranquilidad de la conciencia no se compran con todos los vanos tesoros del mundo, ya traerá con pena á la memoria los años perdidos en el tráfigo de la codicia, en los desvelos de la ambición nunca satisfecha, en el delirio de las pasiones, y con el puro León, fuente de toda cosa buena y pura, ya querría esperar en ese dulce sosiego y rica pobreza la fin de esta jornada ó el comienzo de otra mejor y más duradera:

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! oh deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado,
reposo alegre, dulce, descansado!
Techo pajizo adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se asconde
envidia en rostro amigo,
ni voz perjura, ni mortal testigo:
Sierra que vas al cielo
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego...
En ti, casi desnudo
de este corporal velo, y de la asida
costumbre roto el nudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida...

Por una rápida bajada va la senda aproximándose al mar y á la torre de Valldemosa, aunque siempre desde cierta altura. A poca distancia de Miramar, desgájase de la costa un enorme peñasco, y rodeado del agua deja entre sí y aquella un canal estrecho, y señala otra de las calas que allí se forman. Llámalo

la *Foradada*, y como todos los islotes realza lo pintoresco del país. Torciendo el camino á la derecha inténase por el valle escabroso de Deyá, donde todo descubre la vida laboriosa y agrícola de sus habitantes. El piso que hollamos debe á ellos su mayor ensanche y su buen arreglo; en todas partes los árboles alzan sus multiformes copas y recrean con sus umbrías: las casas se desparraman por el fondo del valle ó por las vertientes, todas ceñidas del vistoso ramaje y de los huertos que el brazo de sus habitantes cultiva; y de los montes vecinos bajan sonando las fuentes, que amigas y regocijadas reparten sus aguas por aquellas alquerías y les traen abundancia y frescura. También la iglesia está como ellas aislada, y descuella en una colinita que en el centro del valle aparece: situación bien propia de la parroquia rural, cuya campana así avisa á las oraciones como á las horas del trabajo y del reposo, imagen de la inocente y limitada vida de los que á su alrededor comen el pan con el sudor de su rostro, y hallan en el templo la salud del alma, la santificación de las fiestas, el descanso de sus fatigas, la enseñanza moral de sus hijos, y la ocasión y lugar de rezar por sus pasados y de rendir gracias al que envía los vientos fecundadores y la gota que filtra en las entrañas de la tierra (a). Otra vez la senda se encarama por las cimas de los peñascos que al parecer cuelgan sobre la playa, y el paisaje recobra la grandiosidad y energía que antes admiramos. El casal de Lluch-alcari destácase abajo risueño y con cierta apariencia árabe, todavía acompañado de algunas palmas que bien pudieran atestiguar en qué época fué corrompido el nombre arábigo de la alquería (b); y cuando no se ha desvanecido aún

(a) Deyá, hoy villa con mil almas, fué hasta fines del siglo xvi aldea de Valldemosa, con la cual compite en amenidad y frescura, y sufragánea á ésta se mantiene su iglesia, dedicada al Bautista. Parece el nombre de origen arábigo, derivado de *ad-dar* (la casa) ó más bien del diminutivo *ad-daya* (aldea). De ochenta casas y de veinte y cinco posesiones se componía su vecindario en tiempo de Binimelis, que encarece mucho lo deleitoso del terreno.

(b) *Alquería de la ribera*: fórmanla tres posesiones agrupadas con su oratorio

la sensación producida por aquel apartamiento á la orilla del mar, cada recodo nos distrae con los nuevos efectos y vistas que ante nosotros la naturaleza pródigamente desenvuelve.

Al fin de esta travesía la escena cambia de súbito, y desde las alturas en que nos encontramos ábrense como una concha preciosísima el valle de Sóller, guardado de todas partes por una cadena de cumbres, digna cerca de aquel pensil. Una confusa y no interrumpida arboleda cubre las faldas y el llano, y la vista se ceba con placer en aquel mar de verdor, cuyos variados matices semejan los que en las aguas estampan la luz, el viento y las nubes; y antes que ella aprenda á discernir los colores, sube en alas de la brisa el perfume delicioso y suave que de aquel inmenso pebete continuamente se exhala (a). Ya en la misma bajada comienzan las bellezas de ese jardín, que tal podemos llamar al valle; las haciendas ostentan el esmerado cultivo que las hace famosas entre todas las de la isla; el labrador disputa á la naturaleza su imperio, interrumpe con bancales hechos de toscas piedras la pendiente, y en aquellos terraplenes que á manera de escalinata gigantesca descienden al fondo, planta con mano activa las ordenadas hileras de los olivos é improvisa sus vergeles (b). Ni en el llano mengua su laboriosi-

común y su torre de defensa que aumenta el interés del paisaje, lo mismo que la atalaya ruinoso de la contigua cala.

(a) Una hermosa carretera, estrenada recién y que va á terminar en el puerto de Sóller, facilita con anchas y suaves revueltas el descenso, cuya aspereza mermaba antes á los viajeros el deleite del precioso panorama. Mayores obstáculos costó abrir la del Coll de Sóller que desde 1854 une á la villa con Palma, obra sorprendente que de haberse retardado ya no se realizara quizá, dando lugar, previo detenido estudio, á obtener mediante un gigantesco túnel comunicación más rápida y expedita: tal es la necesidad que se siente de aumentarla en razón del puerto, que abrevia notablemente la navegación á Barcelona. La carretera de Valldemosa, aparte de otros servicios más positivos, los presta grandes á los turistas.

(b) Empieza la bajada entre Can Prom y Can Bleda, dos modernas casas de campo, y toda la vertiente está poblada de predios y pequeñas fincas, cuyo conjunto desde tiempos antiguos se denominaba Castelló. Al pie de las cuevas descansa la suntuosa quinta de Son Angelats, notable por su larga fachada y extenso jardín, y más aún por el linaje que por nombre conserva del valiente rechazador de los turcos.

dad, y si allí el terreno con mano liberal y franca lo convida, él le arranca sin cesar nuevos y más pingües dones, y favoreciéndose con grande ahínco y diligencia de los arroyos que lo riegan, lo convierte en una de las comarcas más fértiles y deleitables, orgullo de Mallorca, admiración y envidia á los extraños. Los frutales de toda especie asoman sus copas en la vasta serie de huertas; mas los nogales, limoneros, manzanos, palmas, almendros, cerezos, higueras y melocotones, quedan confundidos y percíbense apenas entre la innumerable muchedumbre de naranjos que alfombran la llanura del uno al otro extremo (a). Los rayos del sol únicamente á trechos pueden romper la densa sombra de que cubren el suelo sus ramas casi entretrejidas; y si la luna platea con su blanda lumbre las copas elegantemente redondeadas, grato es reposar en aquellas tinieblas y debajo del oloroso dosel, mientras el fulgor del astro atraviesa débil, templado y encantador el denso follaje, trazando una línea blanquecina, como de los párpados largos y medio caídos de una virgen se escapa suave y lánguidamente irresistible el fuego de la mirada. ¡Ay región bella, ay valle regalado! razón tuvieron en deponer su ferocidad los valientes árabes que invadieron Mallorca, y bien se concibe como sojuzgada la capital las armas

(a) Sin la solicitud y constancia que distinguen á aquel pueblo, hubieran ya desaparecido de veinte y cinco años acá, exterminados por enfermedad desconocida; y aunque la plantación se renueva una y otra vez incesantemente con estudio y observación atenta, distan hartos los que logran formarse de la espontaneidad y lozanía de los pasados: ya penetra por todos lados el sol, ya aparecen al desnudo los caseríos de la huerta, antes anegados y apenas flotantes en un piélago de verdor, y si para maravilla y deleite del que visita por primera vez á Sóller queda todavía lo sobrante, echa de menos el que lo conoció en otros días aquel nido de encantos, abierto hoy á todos los vientos, cuyo misterio acaban de disipar el ruido y polvo de las carreteras y las importadas costumbres. La tierra no basta años há para mantener á sus habitantes; y la industria, que reemplazó por breve período los recursos agrícolas, apenas sufraga al parco sostén de unos modestos telares y fábricas. Sóller se desprende durante los inviernos y primaveras de un millar de hijos suyos, que se ocupan del tráfico en el mediodía de Francia, y esta periódica emigración unida á los cuantiosos capitales de los que regresan de las Antillas á buena edad todavía, atraídos á la inolvidable patria, es lo que conserva, no sin ciertos resabios de fuera y alguna mengua de la sencillez nativa, el pasado bienestar.

cristianas no encontraron resistencia; porque muy duro ha de ser el corazón que tú no ablandes, y muy miserable el alma en que tú no introduzcas sosiego y dulcedumbre. ¡Ay valle hermoso! (a) ¿por qué no he de morar en tus campiñas, donde los

(a) Embargada en éxtasis poético el alma de Piferrer, no da cuenta, si es que pudo dársela á sí mismo, de la topografía de aquella localidad, que probaré de describir á grandes pero concretos rasgos, familiarizado con ella por largas residencias anuales que á la admiración sustituyen con ventaja el cariño. Está el valle abierto únicamente al norte hacia el mar, de donde se levantan por lo común las benéficas lluvias y las recias tempestades, entreviéndose el faro del puerto, en cuya cercanía lo estrechan de un lado la Mola plana y árida meseta, del otro las alturas de Benidorm y de la Moleta, reduciendo á canal el fructífero Camp-de-samar. La huerta se dilata en senos y recodos como una legua en cuadro, cuajada de caserío no rústico generalmente, y salpicada de otro tanto rebosa por las laderas, que no son sino antemural de altísimos montes de grandiosas líneas y términos bien graduados por el intermedio de las nieblas: al sur, formando desde el puerto como la testera del valle, la Sierra porción de la de Alfabia, algo monótona de frente por efecto de la perspectiva que disimula las cañadas de la Coma y de s'Arrom, á cuyos extremos por dos colosales brechas, como por escaleras angulares de un claustro, se desciende á un lado por la sinuosa carretera del Coll desde la ciudad y al otro desde Lluch por el incomparable Barranch: al poniente las peñas del Teix cortadas á pico sobre frondosos olivares y las pendientes domadas por la carretera de Valldemosa: á nordeste las dentadas crestas de Bálig y el avanzado Coll den Pastor, y desde allí, ensanchándose hacia levante, otro golfo de montañas, cuya esquina guarda sobre una loma la airosa torre de Benibací, marcadas en frente por la rojiza hoz que á modo de herida las taladra (a) ó sombreadas de bosque hasta el rellano de Monnáber, y á todo ello sobrepuesto el Puig Major, el rey de los picos de Mallorca, mole berroqueña de cortantes aristas, tan pronto con manto de nieve ó velado de nubes como el Sinaí, tan pronto apaciblemente rosado, ó candente cual hierro salido de la fragua. Allá en el fondo, no ya el lugar, sino la villa de Fornalug, sentada en empinada cuesta, con su vieja iglesia y su insuficiente ensanche, con las torres solariegas que ennoblecen sus sombrías calles, con sus privilegiadas frutas y agrestes paisajes y espumosos molinos cabe el puente que conduce al manantial: allá sobre la derecha Biniraix, grupo de antiguas y casi negras casas destacado de Sóller, de la cual probablemente jamás se emancipará como aquella, servido por oratorio de cierto carácter cuya blanca aguja otea toda la comarca, asomado á un mirador como pocos á la sombra de un copudo almez, dominado casi á plomo por el enhiesto peñón del Cornador que á la garganta del Barranch hace veces de gigantesco estribo. Por allá van los caminos á cual más risueños de ambas poblaciones á su matriz, cada uno al lado de profundo torrente que baja de sus respectivas alturas, y ambos á dos en sus restaurados puentes y en sus mal cicatrizados destrozos evocan aquellas terribles escenas de la avenida del 15 de Octubre de 1885, cuando precipitándose en el mayor, procedente de la Font de l'Olla, llevaron de mancomún, no respetando sino las vidas, sus increíbles estragos hasta el puerto: desde entonces principalmente han desaparecido con los álamos, sacrificados al recelo de que obstruyeran los cauces, su mejor adorno y compañía.

(a) Llámase este paso *Recó de sa Feus*, del latín *fauces*.

nombres de Beniraix, Fornalug y Benibací recuerdan tus antiguos beneficiadores (a), donde los aromas de las plantas y de los árboles purifican el aire y robustecen y alargan la vida, donde los frutos abundantes, gratos al gusto y á los ojos, y la generación continua de la tierra dicen la omnipotencia y sabiduría de Dios y mueven cada día á agradecerle y amarle con afecto sencillo?

Ninguna fábrica notable hay en esta villa (b); sino que la

(a) Bini-araix y Bini-bací son nombres propios precedidos del *Bini* que equivale á hijos ó familia; Forn-aluig (*horno de la ribera*) no tiene de arábigo sino su postrera mitad *alluch*, y como lugar fué conocido desde el principio de la reconquista, comprendiendo ya en su comarca el dilatado territorio de Binibací, Monnáber, Moncayre y Bálig d'avall, que le ha sido adjudicado por término al desmembrarse últimamente de Sóller. Lugar constituía también desde muy antiguo Biniraix, aunque se da casi la mano con la Alquería del Comte, arrabal de Sóller ó más bien continuación de la calle de la Luna: el conde del cual tomó nombre dicho barrio es el de Ampurias, á quien cupieron en el reparto dos tercios del total distrito, y el otro tercio de Fornalug al vizconde de Bearne, por el cual se denominan hoy Moncadas las vertientes del Coll den Pastor. De los primeros pobladores hay copiosa noticia en los libros de la curia del conde, que se remontan al 1289. Binibací, no solamente predio sino caserío, perteneció en la segunda década del siglo xiv al poderoso Arias Ferrándiz, y en el xvi á la familia del célebre P. Jerónimo Nadal que estudiaba allí la ciencia Luliana antes de entrar en la Compañía de Jesús: de la de Nadal pasó á la de Serra Perera, por cuya extinción fué vendida en nuestros días. En cuanto á Sóller, apellidada Suliar en el repartimiento y Soyler en las crónicas, dado que sea arábigo su nombre, no se le ha encontrado todavía interpretación satisfactoria.

(b) De esta afirmación general no exceptúa el autor la iglesia, y aunque no pretendo que lo sea artísticamente, repararé una omisión hartamente absoluta, siquiera por sus históricos recuerdos consignados en la muralla que la ciñe y en el robusto torreón angular, al cual su techo á cuatro vertientes, que conservaba aún no há cien años, daba mejor que ahora el aspecto de fortaleza. Edificóse la cerca después de la invasión pirática de 1561 para preservar de nuevos insultos el saqueado templo, cuya nave no ocupaba entonces á lo largo sino la anchura de la actual, abriendo la puerta mayor donde está hoy la del costado, junto á la torre de las campanas; y corrían tiempos desgraciados para la arquitectura, desde que á fines del siglo xvii se emprendió de raíz la nueva fábrica, hasta que á mediados del siguiente se terminó, no mejorándola posteriormente los accesorios y el ornato. Grande y espaciosa, disimula la pesadez del cornisamento á fuerza de galas, en cuya profusión como en el esplendor del culto apenas cede á las de mayor categoría: hoy se piensa seriamente en realzar con dos torres la insípida fachada ó siquiera relevar el insostenible campanario. Mejor que la parroquia parece el convento franciscano, aunque hasta 1814 no llegó á concluirse su iglesia, de buen gusto y regulares proporciones, pues largos pleitos costó la traslación del que había fundado más arriba el venerable Catany, ornamento del siglo xv, al ventajoso sitio que hoy ocupa á la entrada de la villa, brindando á cualquier hora á los devotos, es decir á todos los habitantes,

limpieza, el bienestar y la holgura que en toda ella resplandecen, como dones heredados y jamás perdidos, le forman un monumento no menos interesante al que en las grandes ciudades vió la vida afanosa de la mayor parte de sus moradores, la opulencia y la hartura de pocos al lado de la abyección, de la miseria y del hambre. ¿Cómo ningún adelanto de las artes, ni los inventos de la mecánica y del ingenio reunirán nunca una herencia tan rica, y la conservarán y traspasarán á todo un pueblo de siglo en siglo? Aquí la abundancia no corrompe, lo que mantiene á la población no necesita dar incentivos al lujo ni promover un consumo las más veces funesto á las costumbres; y si el trabajo no es menos arduo y común, tampoco favorece á la ignorancia ni á la degradación, y al paso que robustece al que lo ejerce, fortifica los vínculos sociales. Algunos edificios mayores que el resto dicen la riqueza de sus dueños (a); pero

con las inspiraciones y consuelos del pequeño Sto. Cristo que sudó sangre en 1530 sin arrancar á un implacable bandido el perdón de sus matadores. Contiene Sóller en su recinto, aparte del oratorio de la Alquería del Comte, el de la Sangre adjunto desde antiguos tiempos al Hospital y modernamente renovado, y el de las Esculapias, feliz imitación, debida al Sr. Ferrá, de cierto tipo usual en Castilla en la época de los reyes Católicos, de techo y corredores de madera sobre arcos y pilares.

(a) Dos casas se distinguen entre las demás: la de Rubert al principio de la calle de la Luna por haber albergado en 1860 á Isabel II, y en lo alto del Borne la llamada *el Castellet* por su pintoresca situación cabe el torrente. Las hay suntuosas al estilo de lo pasado, ó elegantes á lo moderno, espaciosas y cómodas en general, ostentando en el zaguán cubierto arcos sostenidos á veces por columnas, y en el fondo salida al jardín, más ó menos frondoso y adornado, de que apenas carecen las inferiores. La plaza es vasta y cuadrada con surtidor en medio, delante de la iglesia, que el Borne flanquea presentando una línea de cafés: paralelo corre el torrente mayor, á menudo caudaloso, alegrando la vista desde los dos puentes que lo atraviesan. De aquel centro, hoyo de la villa, parte de un lado la interminable calle de la Luna con sus travesías á izquierda y á derecha, del otro allende el torrente el núcleo primitivo de la Rectoría, Volta Piquera y calle Nueva, que tal se llamaba ya en el siglo xvi, por la cual comunica el convento con la parroquia, á cuya espalda van formándose largas calles y grandes manzanas en subida hacia la Sierra. No hay vía por donde no asome la deliciosa campiña ó descuellan imponentes cumbres, y á menudo interrumpían la línea del caserío el verdor de los naranjos y aun desahogados trechos que van llenando de cada día nuevas obras; y sin embargo la población permanece poco menos que estacionada en la cifra de 8,500 almas.

las más de las casas, modestas aunque aseadas y no mezquinas, abrigan cada cual á una familia que diligente y aplicada vive en tranquila independencia. Cuando el alba blanquea sobre las cimas de los montes, los silbos y las tonadas, allí sencillas y de largas notas, hacen agradable armonía con la esquila de las mulas que arrastran la reja, ó distraen al que con la azada al hombro y el cesto en el brazo va á la áspera faena, si ya no avisan con su alegre algazara á los que no abren su ventana al frescor matutino, como diciéndoles: «—El día clarea, las sombras se retiran, el rocío humedece las hojas, los pájaros sacuden sus plumas y agitan sus picos: ¿por qué estáis sordos á la voz de los pájaros y al llamamiento de la campana? Aprovechemos la luz que nos da el Señor para ganar el pan nuestro de este día—.» Pues al cerrar la noche, cuando la misma esquila ó el mismo silbo anuncia la vuelta del campo, ¡cómo goza el labrador los placeres de la familia negados al ciudadano, que en aquella hora huye de ella á olvidar sus negocios en los pasatiempos artificiales de la sociedad, y cómo da por buenas sus fatigas al mirar que en su casa todos redoblan la solicitud para hacerle grato el reposo, al platicar junto á la lumbre con los pequeñuelos parleros y curiosos, al partir con estos y con *madona* su esposa la cena que las manos de ella aderezaron, y que la alegría, el ejercicio y el apetito sazonan! (a) ¿Y qué es ver el

(a) Hermoso idilio, pero entonces ya no bastante exacto por las condiciones de aquel pueblo, tan industrial por lo menos como agrícola, y por la circunstancia de habitar allí en las afueras la mayor parte de labradores, lo cual no ajusta bien con la descripción de su ida y vuelta del trabajo; y ahora mucho menos con la alteración obrada por el transcurso de medio siglo sobre cualesquiera países y lugares en proporción á su importancia. Y si aun en apartadas aldeas deja sentirse, ¿qué ha de ser en villa tan populosa y de más movimiento y roce con la península; con ultramar, con el extranjero, que otra alguna de la isla? en población de cafés, periódico, teatro, banco, teléfono, vapores y demás requisitos de la vida moderna? Esto no quita, sea dicho en honor de Sóller, que no obtengan allí la moral y la fe un respeto y ascendiente casi unánime y maravilloso en medio de tanta emigración, y hasta que en talleres y fábricas haya tenido ocasión de probar que se respira á veces un aire tan sano y puro como en las faenas del campo. En el carácter laborioso y emprendedor de los naturales, tan favorable á la verdadera cultura como preservativo de la corrupción, en este no se equivocó Piferrer,

domingo, en la misa mayor, atestiguado ese bienestar común y esa comodidad que á todos alcanza en los blancos rebocillos y mantillas, en los negros corpiños y en las sayas de las hembras, en los chalecos y botonaduras, buenos gabanes de paño y lucientes chapeos de los hombres? A quién no regocijan aquellas sanas fisonomías honradas y francas que hormiguean en la ancha plaza, aquella buena apostura que respira salud y contento, aquellos coloquios sencillos, aquellas risadas que en los corrillos suenan? Qué si los chillidos de la dulzayna llaman al baile, y aparecen *atlotas* y *fadrinas* ostentando las unas sendas cruces esmaltadas en el seno sobre el negro jubón, sacando las otras ricos botones y presillas en las vueltas blancas que guardan las mangas cortas, engalanándose todas de la nitidez y aseo y honestidad de la toca antigua que las hermana? Entonces se comprende cuán bien hallados se están los que en ese valle habitan, y cuán poco allí haya de envidiar al dueño de vastas y pingües haciendas el que no posee sino la huerta heredada, que jamás paga con ingratitud sus esfuerzos constantes, y para cuyo riego divide á proporción con los demás el agua de los arroyos (a).

Esa concurrencia en la iglesia y en la plaza y esa compostura en los trajes suben de punto el día 11 de Mayo; por manera que el forastero que en esa ocasión por primera vez llegue á Sóller, verá á un tiempo la mayor muestra de la comodidad allí generalizada, y el aniversario de un suceso tal vez el mayor

ni posteriormente ha habido mudanza: cosmopolitas mientras sea menester, vuelven al seno del país y de la familia lo más pronto posible. Á la conservación del traje sí que no se han mostrado tan fieles ni los hombres ni el bello sexo, siendo quizá el punto de la payesía en que más ha cambiado, con tanto olvido de la tradición como de la gracia.

(a) Al riego y á las servidumbres se reduce en propiedad tan subdividida la mayor parte de contiendas que han dado fama de pleitistas á los sollerenses. Nacen las aguas vivas, aparte de las pocas que se aprovechan de los torrentes, de las fuentes de la Olla y de *na* Villalonga, caudalósísima la primera que brota al pie del Coll de la carretera de Palma, en un rincón ayer quizá el más delicioso de Sóller, y donde hoy son más visibles y dolorosos los estragos.

de los pocos que componen la historia de esa buena villa (a). Y no tenga á maravilla que tan fresca esté la memoria de aquel hecho y que aún ahora se celebre con fiesta pública; pues cuando el aislamiento y sosegada vida de aquellos naturales no fuesen de suyo causas las más propias para arraigar la tradición de los escasos accidentes que perturbaron ó interesaron á la comarca, el riesgo que por casi dos siglos las Baleares corrieron de continuo, el espíritu religioso que les hacía odiar el nombre sarraceno, la suerte miserable de los cautivos, sobaban para fijarla en los corazones y transmitirlo. No; nosotros no podemos comprender todo el sobresalto de los isleños y de los pueblos de las costas, que á fines del siglo xv y durante el xvi y el xvii veían aportar pérfidamente á sus playas las embarcaciones berberiscas, ni el interés con que nuestros abuelos nos refirieron en la infancia aquellos súbitos rebatos; porque ya felizmente ahora las madres no han de estrechar estremecidas contra su corazón á sus hijas al escuchar esas tradiciones, ni lloramos la desventura de un amigo, de un hermano que en las mazmorras ó en el baño de Argel y Túnez esté gimiendo, ni

(a) No puede decirse que carezca de historia, á fuer de pacífico y dichoso, un pueblo que ha dado lugar á escribir la suya en dos tomos de más de mil páginas cada uno, publicada en 1875; y no es que no lograra su autor, D. José Rutlán Pro., hacerla interesante y curiosa por el detenido estudio de la localidad, bajo cualquier concepto imaginable, y de las instituciones, acontecimientos y vicisitudes generales de la isla con aplicación particular á Sóller, y más por lo tocante á los alzamientos de los Forenses y de la Germania, todo ilustrado con abundante y selecta documentación. La conmemoración que hace Piferrer de la gloriosa jornada del 11 de Mayo, dió acaso pie á que desde 1854 se introdujera solemnizarla el segundo domingo del mes con gran fiesta que eclipsa las restantes de la villa, inclusa la de San Bartolomé su patrono, tan frecuentada de cerca y de lejos ya en el siglo xv. Atrae á las gentes, en especial de la ciudad, más que la feria casi nominal, el colorido dramático que revisten el histórico sermón de la mañana, la procesión arqueológica de la tarde, y sobre todo el simulacro del lunes, que no se limita al desembarco de los moros en el puerto y tiroteo con los cristianos, sino que comprende el previo rebato y el regreso victorioso con los cautivos, en compañía de centenares de carruajes á la ida y á la vuelta. En primera línea de los personajes que se han hecho ya legendarios, figuran el denodado capitán Ange-lats y las *valentas donas de can Tamany* con la famosa tranca con que matando á dos turcos supieron defender su casita solitaria y su honra.

hemos de enternecernos al llegar en procesión los que regresan del cautiverio, descalzos y contritos, bañados en lloro sus semblantes, guiados por los hijos de aquellas sublimes religiones que á la obra de la redención se consagraron (1).

Aquel día lo fué de trabajo y gloria para la villa en 1561. La víspera, que fué sábado, ya acudieron los capitanes de Alaró, Buñola y Santa María con sus banderas y la gente que pudieron reunir de sus escuadras: el de Sóller mandó tocar alarma, formáronse las compañías, púsose presidio en el castillejo del puerto, y apostáronse por la marina escuchas y atalayas. Una flota de veinte y dos galeotas y algunas galeras, salida de Argel, había hecho aguada en Ibiza, y según avisos de estos isleños daba la vela para Sóller. Por la noche arribó delante del puerto, y no atreviéndose á tomar tierra allí por no alarmar las guardas y no experimentar la artillería de la fortaleza, pasó á desembarcar en la punta de la *Illa* con tanto sigilo, que antes sintieran el daño que su venida las escuchas allí apostadas, si un esclavo natural de Sóller, llamado Bartolomé Valls, que remaba en las galeras, no hubiese lanzado adrede y como al descuido el grito de *fondo, fondo*. Esto bastó para que las guardas corriesen á noticiarlo á los capitanes, que ya habían sacado su reducido tercio á la campaña. Mas los mil setecientos turcos que saltaron á la playa habían formado dos divisiones y echado por sendas distintas; y mientras al salir el sol la una avistaba el tercio cristiano, la otra entraba en la población, dábala saco,

(1) Escritas estas líneas, los atentados de los marroquíes han venido á despertar en el litoral de España la tradición ya casi olvidada. Nosotros hemos visto en los pueblos de la costa de Levante cundir la noticia, cada vez alterada en sus detalles, y escuchados de nuevo con atención y ansiedad los viejos patrones que conmemoraban las guerras y las crueldades de *El Moro*. Ahora las familias recuerdan aquellos de sus antepasados que sufrieron el cautiverio; resucitan las tan sabidas historias de los rebatos; y los marinos ancianos, que aún llevan sobre el tostado pecho el escapulario de la Virgen y de cuando en cuando visitan devotos los santuarios que delante de la playa coronan algunas de aquellas colinas, meanean con desconfianza la cabeza, y vaticinan á los mozos la inseguridad de los mares.

cautivaba doncellas y mancebos, profanaba y robaba la iglesia, y hería ó mataba á los sacerdotes que intentaron defenderla. Grande fué el conflicto de los que en el campo estaban á punto de romper el combate: detrás de ellos los gritos de sus padres y de sus familias les llamaban; enfrente mil turcos avanzaban disparando sin cesar; ¿adónde acudir primero? En tan terrible perplejidad los cabos llaman á consejo á los más experimentados en las cosas de la guerra: es adoptado el parecer del sargento de Sóller Antonio Soler, veterano de los ejércitos del emperador Carlos V; y arrodillándose á implorar el auxilio del Señor, atacan á los infieles. La piedad de aquellos tiempos no consintió que el orgullo mancillase este sencillo é ignorado triunfo; y si todos concurrían á la defensa de la religión y de sus hogares, ninguno se lo atribuyó á sí propio, antes buscaron la causa de él en aquel su acto de humildad y devoción, y en la intercesión de la Reina de los Angeles y del apóstol Santiago, que con tanto fervor invocaron. Cejan los turcos, y vuelven las espaldas; en vano su caudillo los anima, y con escaso escuadrón sostiene el peso de la carga; los fugitivos se precipitan por el puente, y alcanzados por las balas y por las espadas vengadoras espiran dispersos, pierden su estandarte, y su jefe, después de tener á raya con su alfange á los que le cercan, cae de un lanzazo. Su muerte es la señal de la fuga á los pocos que no le desamparaban; cada cual corre á salvarse ó á ocultar su ignominia en las embarcaciones, pero á muchos les cierra el paso un nuevo enemigo, no esperado de ninguna de entrambas partes. Era una cuadrilla de bandoleros, que emboscados por aquellas asperezas para el crimen, al ver pasar los turcos descaminados, ejercitaron sus armas traidoras en defensa de la patria y borraron con tal acto sus anteriores violencias (1). Saliendo de entre las breñas arrójanse de repente sobre los odiados infieles que corrían por acercarse á la costa; y aunque sus pedreñales

(1) Véanse los nombres de algunos en el n.º 2 del APÉNDICE.